

NADIE PARECIA

*Cuaderno
de lo
Bello con Dios*

DIRIGEN:
PBRO. ANGEL GAZTELU
JOSE LEZAMA LIMA

No. VI. FEBRO., 1943
L A H A B A N A



*(Atrás una ventana inmensa y verde...)
El alcohol del sol pinta de azúcar
los terrones fundentes de las casas.
(...por donde echarse a nado.)*

ALFONSO REYES

Muerte del Tiempo

EN el vacío la velocidad no osa compararse, puede acariciar el infinito. Así el vacío queda definido e inerte como mundo de la no resistencia. También el vacío envía su primera grafía negativa para quedar como el no aire. El aire que acostumbrábamos sentir ¿ver?: suave como lámina de cristal, duro como frontón o lámina de acero. Sabemos por casi un invisible desperezar del no existir del vacío absoluto, no puede haber un infinito desligado de la sustancia divisible. Gracias a eso podemos vivir y somos tal vez afortunados. Pero supongamos algunas inverosimilitudes para ganar algunas delicias. Supongamos el ejército, el cordón de seda, el expreso, el puente, los rieles, el aire que se constituye en otro rostro tan pronto nos acercamos a la ventanilla. La gravedad no es la tortuga besando la tierra. El expreso tiene que estar siempre detenido sobre un puente de ancha base pétrea. Se va impulsando—como la impulsión de sonrisa, a risa, a carcajada, de un señor feudal después de la cena guarnida—, hasta decapitar tiernamente, hasta prescindir de los rieles, y por un exceso de la propia impulsión, deslizarse sobre el cordón de seda. Esa velocidad de progresión infinita soportada por un cordón de seda de resistencia infinita, llega a nutrirse de sus tangencias que tocan la tierra con un pie, o la pequeña caja de aire comprimido situado entre sus pies y la espalda de la tierra (levedad, angelismos, turrón, alondras). El ejército en reposo tiene que descansar sobre un puente de ancha base pétrea, se va impulsando y llega a caber oculto detrás de un alamillo, después en un gusano de espina dorsal surcada por un tiempo eléctrico. La velocidad de la progresión reduce las tangencias, si la suponemos infinita, la tangencia es pulverizada: la realidad de la caja de acero sobre el riel arquetípico, es decir, el cordón de seda, es de pronto detenida, la constante progresión deriva otra sorpresa independiente de esa tangencia temporal, el aire se torna duro como acero, y el expreso no puede avanzar porque la potencia y la resistencia hácense infinitas. No se cae por la misma intensidad de la caída. Mientras la potencia tórname la impulsión incesante, el aire se mineraliza y la caja móvil—sucesiva impulsada—, el cordón de seda y el aire como acero, no quieren ser reemplazados por la grulla en un sólo pie. Mejor que sustituir, restituir. ¿A quién?

Tierra y Tiempo

Castilla, de largos ríos

ANTONIO MACHADO

Romancillos

Castellanos

Gran presente: meseta
De siglos donde nace
La luz de los balcones
En olor de paisaje.

Siento aquí mi caudal.
Con el río comparte
Su delicia de marcha.
Cauce, cauce, mi cauce.

(¿Quiénes son esos vagos,
Incógnitos semblantes?
A solas mi silencio
Se entiende con su valle.)

Sé de unas hermosuras
Tan vivas, tan reales
Que sólo aquí me entregan
Su palabra, su clave.

Te aspiro fatalmente
Como tu chopo al aire,
Patria fatal. Yo quiero
Ser, ser de veras. Guárdame.

Plaza Mayor

Calles me conducen, calles.

¿Adónde me llevarán?

A otras esquinas suceden
Otras como si el azar
Fuese un alarife sabio
Que bien construyera al ras
De un caos infuso al centro
De esta suma realidad:
Calles, atrios, costánillas
Por donde los siglos van
Entre hierros y cristales,
Entre más piedra y más cal.
Decid, muros de altivez,
Tapias de serenidad,
Grises de viento y granito,
Ocres de sol y de pan:

¿Adónde aún?

¿Hacia dónde
Con los siglos tanto andar?

De pronto, cuatro son uno.
¡Victoria: bella Unidad!

Alamos con Río

(*Antono Machado*)

Frente al blanco gris del cerro,
Al par del río la ruta
Divisa con ansiedad
Alamos: perfil de lluvia.

Mansamente el río traza
Su recreo curva a curva
Mientras en leve temblor
Los álamos se dibujan,

Y tan verdes como el río
Follaje a follaje arrullan
Al dichoso de escuchar
Alamos de casi música.

Dichoso por la ribera
Quien sigue al río que aguza
La compañía en el agua,
En los álamos la fuga.

Junto a las trémulas hojas
Alguien, solitario nunca,
Habla a solas con el río.
¡Alamos de brisa y musa!

JORGE GUILLEN

Wellesley, 1943.

A un Aviador Norteamericano

MAS allá de pasiones y tejados,
de intimidades de alcobas, de la cálida piel de la casa,
de sol vestido, con zapatos de aire,
frío y austero, ya sin tierra,
sin flores y sin lágrimas,
¡oh soldado con alas,
repartes tu violenta justicia!

La llanura de seda urdió tu mente,
el viril árbol. Por tu sangre fluye el trigo,
y ondas de primavera, y perfume de lilas.
Tu voz es el gemir de las sirenas,
tu aliento, el humo de las chimeneas;
hay martillazos en tu sangre, tu ojo de cristal
horizontes refleja, y planetas, y joyas,
y celdas puras y fragantes fiestas.

En las grises horas de la meditación,
en lechos mágicos de nubes,
más alto que las últimas veletas de esperanza,
en el cenit de la fantasía,
tú, primogénito de nuestra era furiosa,
proyectil apuntado hacia la aurora,
eres la simiente, la esperma,
la centella que canta.

Criatura y dios a medias:
es el momento de la tentación.
Rechaza tu inmortalidad cruel
—orgullo en tus relámpagos sangrientos.
Estas manchas de abajo, y estos gérmenes
son humanos cual tú. Sé humilde
mientras podas la tierra—tu jardín.

Amante del pan,
y fuerte abeja macho de colmena de piedra—
no desvalido zángano—, en monte y en espíritu
almacenas las mieles del mañana.
Que el alba llueva en tu sabiduría,
habla con voz coral;
y que la fiera muerte que transportas llene tu corazón
de vida—
¡Oh ángel puro y peligroso!

H. R. HAYS

(Traducción de Eugenio Florit.)
N. Y., 1943

Mayo con tu Voz

Jorge Guillén: *Mayo nuestro*

QUEDAS prefiriéndome
Sin saber partir.
Girando en tu olvido
Rueca de mi fin.

¿Desvelos? ¿Recuerdos?
Mejor es soñar.
Soñaré que sueñas
Alta, con mi afán.

Lindo el mundo bello,
Hoja en su perfil.
Las tierras, los aires
Dan al porvenir.

Ola que te aguarda
Será pronto mar.
Tierras que te escuchan
Su amor doblarán.

Aire, amor, recuerdo.
Luce tu verdor.
¿Quedas? ¿Quieres? Vas
Derecho a tu flor.

Quedas con tu rosa
Sola en su verdad.
Sube ella a tu mundo
Verde eternidad.

Luz, paloma, oído.
Noche de mi fin.
Lo que en ti me vence
Es mi revivir.

¿Soñar? Soñaremos
A quién puede más.
Yo en los sueños tuyos,
Tú en los míos ya.

Me das con tu vida,
Hoy mi mejor sí.
Noche que me esperas,
Mi Abril es tu Abril.

ALBERTO BAEZA FLORES

1943.



Niño en el Campo

EDAD me roban los árboles,
me quitan vida,
y me desnudan el niño
que dentro de mi dormía.
El ancho campo y el cielo
son mi memoria extendida.
Allí está mi amor
y más allá mi alegría.
Qué luz sobre mi recuerdo,
qué blanca luz ilumina
esperanzas y deseos,
desengaños y desdichas
que fuera de mí florecen
y efímeros se marchitan.
Hierde mi candor profundo
una luz nueva; me olvida
entre unas flores pequeñas,
sobre una arena muy fina,
niño del alba que tiene
alas de tierra y de brisa,
memoria suya por campo
y un cielo por fantasía.
Desnudo de edad, fugaces
los perfiles de mis días
se deshojan de mi infancia
y dan cuenta de mi vida.
Un tiempo labrado en aire,
en agua, en fuego, en arcilla,
testimonio son de un alma
que ante Dios se exterioriza.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

San Juan de la Cruz en su Noche

LA noche presta a la poesía mística de San Juan de la Cruz, uno de sus símbolos más hermosos y significativos. Su belleza cósmica tan honda y sensible captada por él toca las más altas riberas de la metafísica del misticismo. A pocos hombres les ha sido dado vivir las sombras con la intensidad que a San Juan de la Cruz. A pocas almas le ha cubierto y apremiado una tan espesa y grande tiniebla como la suya. Hay en sus páginas una sensación palpable de olvido y vacío de todo, de espesa negrura implacable y desolada, aquel eco de abandono inmenso que sólo lo podríamos relacionar, con aquel impoderable, que hizo exclamar con desgarramiento grande, cuando parecía la hora tremenda del poder de las tinieblas, al hijo del Hombre: ¿Por qué me has abandonado?

San Juan de la Cruz un tiempo también pareció estar abandonado de todo: parecía que una gran tiniebla lo había tragado. El refiriéndose a su prisión, la relaciona con el pez que tragó al profeta Jonás. El, ganado por Santa Teresa para la Reforma del Carmelo, padeció por esto estrecha y oscura cárcel. A su experiencia grande de la dura cárcel debemos vivas y profundas páginas místicas. Ahí le tenemos a Fray Juan. Honda y apretada celda. Alta ventana miserable que filtra avara contados hilos de luz. El por ser de pequeña estatura y sentencioso, para rezar las horas del Breviario tenía que auparse en un banquillo buscando la luz. En su gran sombra, supo amarla tan intensamente, en su privación comprendió toda su divina esencia. En esa cárcel gustó la raíz amarga de todos los abandonos y soledades, purgaciones y sequedades. Todo lo perdió menos Dios, y eso lo fué todo. El le visitó en la noche, como a David y le enseñó en la cárcel los encantos de la libertad, por la escasa y alta ventana, se le afilaba su amor a los amplios cielos con sus aires y pájaros, luces y colores, aguas y montes y animales de su naturaleza suspirada, que luego la volcaría graciosamente en su cántico. Por eso le vemos preparando a todo trance su salida de la cárcel. Una buena noche se le

ofreció la oportunidad y se descolgó presto y decidido de una ventana por una cuerda, hecha con pedazos de mantas viejas y una raída túnica, al patio murado de la prisión. Aquí invoca a la Virgen, salva el muro, arrojándose de él y corre por la noche hacia el convento de las Carmelitas Descalzas. Golpea el torno: Fray Juan soy, vengo escapado de la cárcel. Le permiten la entrada en clausura para confesar a una monja enferma. Después ya con la alegría de la libertad, al verle la comunidad tan desmejorado y anémico le ofrece peras asadas con canela y él les paga su caridad, recitándole los versos compuestos en la prisión, entre ellos, muchas estrofas del *Cántico Espiritual*. El *Cántico Espiritual* es a todas luces el libro más completo y bello de San Juan. Más completo porque a lo largo de sus comentarios desarrolla las tres vías o jornadas que ha de hacer el alma para llegar a la perfección mística; la purgativa, la iluminativa, la unitiva y el estado beatífico. El más bello, porque en él todo el simbolismo está inflamado de graciosas y sensibles intuiciones de la naturaleza, vista en él como una huella luminosa del paso de Dios y así pudo decir en el Cántico: "Todas las criaturas son graciosas".

En la Subida y en la noche nuestro místico marcha hacia el Amado con sosegada pausa, como quien parte cuidadosamente en la noche, asegurando el pie. La noche es dichosa con el presentimiento iluminado de realizar su ventura. Su divina aventura; pero sus pasos son medidos y despaciosos con la cautela del que marcha a oscuras y en celada. Parte en secreto disfrazada con la túnica de tres colores, dejando toda su casa sosegada. Nadie parecía. A oscuro, sino esa secreta y ardiente llama de su corazón. Avanza sin que nadie le salga al paso al amparo de esa noche, hacia el gozo completo de la perfecta unión. Así toda su garganta retoña de calladas e íntimas exclamaciones de amor a la noche requebrándola. ¡Oh, noche amable más que la alborada—la noche, la unión y transformación de Amado con Amada! ¡Qué dulce y arrobado nocturno! ¡Qué idioma habrá expresado una

aventura amorosa tan penetrada del ambiente y magia mística de la noche! ¡Qué idilio de profusión tan sobria y perfecta, de más fragante y límpido regalo que éste! No falta dato y nota que pudiera hacerlo menos perfecto y dichoso. El Pecho todo entero y verdadero para él guardado, en flor de llama viva. Aquí se duerme el Amado regalado por la Amada al lento rumor del aire por los cedros. Una almena los resguada y afila el aire que con mano suave juega y esparce los cabellos y al rozarle, al herirle suavemente, le suspende los sentidos. La Amada se queda olvidada de todo, reclinando su rostro sobre el Amado. Paz de perfecto amor, serena costumbre de gozo, estado de transformación inefable. Cuidado, quietud, ansia de todo ha cesado, dejado olvido en la cumbre lograda entre un aspirar de azucenas nevadas de pura inocencia. ¿Dónde podremos hallar nocturno idílico más nítido y extático que éste de la noche de San Juan de la Cruz? Sobre todos los poetas de la tierra bien merece San Juan nombrarse el poeta de la noche. Sin embargo éste con ser tan excelente no es todo el aspecto de su poesía. Poeta en la más alta acepción de la palabra, se sitúa frente a las cosas, penetra sus signos entrañables e intuyendo sus notas esenciales de belleza, capta sus calidades y cualidades con su sensibilidad tan finamente dotada, que al administrarlas por su verbo de fuego ascienden todas iluminadas en correspondientes armonía y perfecta unión, que ya no podrá decirlas, sin cantarlas. Este es su estado de mística poesía. El estado de pura gracia poética de su *Cántico Espiritual*. No importa, que el ambiente poético esté en parte inspirado en el *Cantar de los Cantares*. Su conciencia de poeta genuino no dá ni entrega nada, que no sea íntima y originalmente suyo.

Nada que no está traspasado de ese fuego "Capaz de derretir el mármol". Ni siquiera fué inventor de sus metros poéticos, a excepción del de su poema "Fuente en la Noche".

Si en la noche, a tono del amplio y misterioso nocturno se mueve el verbo de San Juan poéticamente lento y seguro hacia el secreto éxtasis, y su canción se ofrece como la expresión de una música callada y un contenido entusiasmo vela sus exclamaciones suspiradas en íntima armonía con el gran silencio envolvente, esa misma canción incontenible ahora, como el pájaro al sentirse en el aire libre, ante la luz y hermosura del mundo, se siente movida y rauda, herida de todas las cosas hermosas, se siente alzarse conducida en transporte lírico hacia la unidad metafísica y esencial, al penetrarlas su aguda mirada mística sorprendiendo su valor sustantivo, sus oficios graciosos, sus signos relativos de creatura, traspasada su canción de esa sabiduría secreta, con toda su conciencia de poeta iluminado en amor de abundante llama mística, su cauce poético no será, no podrá serlo una canción, sino un cántico, un cántico espiritual. Cántico, que al estudiar Salinas a Jorge Guillén dice, *lleva infuso un sentido de gracias y alabanzas a la divinidad*. El poeta está en estado de poesía gloriosa, su efusión en subido entusiasmo. Un orden y una unidad orgánica estructura y brilla por todo su verbo ardoroso. La creación, el cosmos, todo se siente movido y arrastrado por su corriente magnética, y asciende confiada y dócil transportada del sentido y la gracia de un reconocido tributo en himno y alabanza numerosa, cantando con tembloroso e inocente balbuceo, con dichosa embriaguez, el nombre de su Creador.

ANGEL GAZTELU



OLEO, de Mario Carreño